

LETRAS

Letrillas

LETRONES

ENTREVISTA

LAS REVOLUCIONES DE MARTIN AMIS

Durante toda su vida pública, durante toda su vida literaria, el nombre de Martin Amis ha sido sinónimo de polémica. Es difícil encontrar otro escritor cuya vida privada, desde el dinero gastado en cirugías dental al descubrimiento tardío de una hija adolescente, haya ocupado tantas y tantas páginas de tabloides. Pero algo ha cambiado con Martin Amis. De un tiempo a esta parte, las polémicas que adornan su biografía se han alejado de la esfera privada para chocar de lleno con la esfera pública, con la política. De un tiempo a esta parte, Martin Amis ha dejado de ser el satirista brillante y *enfant terrible* de la literatura anglosajona para convertirse en un airado polemista social, cuyos libros y artículos en prensa pasan de inmediato a formar parte del debate público y son además escrutados con lupa por los distintos sectores de la *intelligentsia* británica.

Libros como *Experiencia o Koba, el temible*; la novela que ha venido a presentar a Barcelona, *La Casa de los Encuentros*, o esa colección de artículos más dos relatos centrados en los atentados del 11-S que recientemente ha publicado bajo el título *The Second Plane*, han convertido a Amis en un crítico furibundo del *naïveté* de cierta izquierda bienpensante a la hora de abordar temas como terrorismo, inmigración o islam. Temas

que, quién lo hubiera dicho años atrás, se han convertido en los favoritos del escritor inglés.

La siguiente conversación tuvo lugar en Barcelona, en el marco de la presentación de su última novela, pero rápidamente se orilló hacia esos temas que tanto apasionan hoy al novelista. Esos temas y otro: envejecer.

Lleva hablando de La Casa de los Encuentros un par años, debe estar algo cansado ya...

Bueno, hacía ya un tiempo que no tenía que hablar de ella. Pero sí, es verdad, cuando uno acaba y publica un libro, tiene ya la mente puesta en el siguiente, y siempre es un trabajo extra volver atrás para hablar de un libro que uno ya no tiene en la cabeza.

¿Ha tenido que releerlo?

No, para nada. Nunca haría eso.

¿Nunca relee su trabajo una vez publicado?

Solía hacerlo. Solía hacerlo bastante en realidad. Pasaba tardes o noches enteras leyéndome a mí mismo mientras me fumaba un porro y bebía vino. Durante años esa fue la mejor forma de pasar la tarde.

¿Se reía leyendo sus propios libros?

Sí, por supuesto. Me partía de risa con muchos de ellos. No lo hago hace mucho tiempo, creo que pasa porque cuando uno cumple cierta edad no quiere perder tiempo contemplando el pasado. Por el contrario, uno intenta aprovechar

todo lo posible el presente, mientras ve cómo el futuro se va acortando. Cuando uno llega a los cincuenta descubre que existe esta cosa enorme que no es más que su propio pasado. Nunca estuvo ahí antes, o estuvo, pero no le prestábamos mucha atención. De pronto descubrimos que el tamaño de nuestro pasado casi dobla el tamaño de nuestro futuro, es una experiencia tremenda, aunque también agradable.

¿Produce temor?

Sí, claro. Pero si se piensa bien, de pronto uno descubre que es dueño de este gran palacio, que puede visitar cada vez que le apetece. Es curioso descubrir también que lo más importante de ese pasado, las mejores habitaciones de ese palacio, al menos en mi caso, no son las dedicadas a mi vida literaria, sino todo lo relacionado con mi vida amorosa. Cuando uno se pone a recordar, y echa revista a su pasado amoroso, eso termina siendo lo más importante. Es inevitable hacerse muchas preguntas al respecto: ¿Qué ocurrió con esa u otra relación?, ¿Qué hice bien, qué hice mal? Esas son, a mi entender, las preguntas más importantes sobre nuestro propio pasado. Creo que eso y los hijos, se convierte en lo más importante que uno tiene cuando supera esa barrera de los cincuenta.

Me decía antes que se reía mucho releiendo sus primeros libros; esta última novela, situada en un gulag ruso, es, probablemente la menos divertida de todas las que ha escrito...

Sí, es verdad. Aunque creo que aún así es divertida, de alguna manera. Cruelmente divertida, quizá. La situación, la idea de una casa de citas en un campo de concentración, es horriblemente hilarante en esa extraña manera rusa. Pero sí, tienes razón, no es graciosa a la manera que podían serlo otras de mis novelas.

¿Se ha acabado el Martin Amis gracioso?

No, creo que la siguiente [*The Pregnant Widow*: novela autobiográfica centrada en el feminismo y los años de la revolución sexual], en la que me encuentro trabajando ahora, es bastante divertida. El humor, como yo lo entiendo y como he intentado trasladarlo a mis libros, no es demasiado popular hoy en día. Ocurre que el humor es, por definición, cruel. Cuando uno hace una broma está ridiculizando y humillando al objeto de esa broma. Y eso, hoy en día, no está bien visto, se entiende que uno no puede burlarse de ciertas cosas, no puede ridiculizar al otro, que cuando uno hace bromas está insultando la cultura o ideología del objeto de esas bromas. En Inglaterra, por ejemplo, es imposible hacer chistes, se ha vuelto peligroso mofarse de lo que sea. Es parte de esta ideología absurda que es el multiculturalismo. En el fondo creo que todos sabemos que el multiculturalismo es un fraude, es una estafa, nadie cree realmente en él, sencillamente todo el mundo pretende hacerlo. ¿Cómo puede alguien creer en algo así? Pongamos el caso del islam y el trato que da a las mujeres: ¿Alguien cree que debemos respetar la idea de que una niña de nueve años debe comprometerse con un hombre mayor porque sus padres así lo dicen? ¿Alguien cree que la poligamia, la ablación, el *burka*, la prohibición de conducir o viajar son defendibles?

El problema con el multiculturalismo es quizá que nadie sabe realmente lo que es, no hay reglas claras...

La regla es que cualquier comportamiento, sin importar cuán bárbaro resulte, por el sencillo hecho de formar parte de una tradición, es correcto, porque así es, así es cómo se hace en esa



Martin Amis (Oxford, 1949).

cultura en particular, y eso lo legitima. Y claro, partiendo de ahí, resulta que ninguna cultura es superior a otra. El tema no pasa por si es superior o inferior, la cuestión es que hay culturas, si se las quiere llamar así, más evolucionadas que otras. Incluso aquellos que no quieren verlo terminarán por verlo. Hace poco tuve una tremenda discusión con Terry Eagleton a este respecto, llegó a llamarme racista. Lo que ocurre es que no entienden que una cosa es una sociedad multirracial y otra una sociedad "multicultural", son dos cosas completamente distintas. Uno puede ser un apasionado defensor de una sociedad multirracial, pero no del multiculturalismo. No es una cuestión de raza, se trata de una cuestión ideológica.

¿Cree que los únicos límites a cómo debemos comportarnos en una sociedad, más allá de la cuestión cultural, pasan por la ley?

Ahora mismo tenemos un problema en este sentido en Inglaterra, porque el arzobispo de Canterbury ha dicho recientemente que es inevitable que la ley británica recoja la *sharia*. De inmediato, la mayoría de la gente ha dicho que no, que la ley debe ser igual para todos, lo cual es una redundancia porque ese es uno de los principios de la ley, su universalidad. La ley lo es todo, es el pilar de nuestra sociedad, no somos nada sin las leyes. ¿A qué se refiere el arzobispo? ¿Qué normas de la *sharia* debería recoger la ley británica? ¿Las correspondientes al trato a las mujeres, el patriarcado? Por supuesto que no, y nadie en su sano juicio abogaría por algo así, por eso el multiculturalismo es un

fraude, una ilusión, porque a pesar de que a nadie se le ocurriría defender esas normas, cuando se habla de esa generalidad que llamamos multiculturalismo todos se llenan la boca defendiendo la igualdad entre culturas y el respeto por las costumbres de los pueblos.

¿Es el trato a las mujeres, la cuestión femenina, la igualdad de las mujeres, el tema clave con el islam?

Por supuesto. Es el asunto primordial. Todo se reduce a eso. Suena muy grosero, pero el islam no ha tenido evolución política en más de un siglo. Y entonces, hoy en día, ese patriarcado se ve amenazado, basta ver la televisión, echar un vistazo en internet, ver las vallas publicitarias... De alguna manera, esa supuesta pureza, ese apego a las tradiciones —unas tradiciones machistas y retrógradas— es su último bastión de dignidad, y día a día se están enfrentado a su pérdida gracias a la globalización. Todo lo que forma parte de nuestra modernidad, de nuestro día a día, les resulta ofensivo, les disgusta, y es evidente, no hay nada puro en nuestra sociedad. Por suerte.

Hay un problema con cierto tipo de intelectual de izquierda, pudimos verlo claramente con lo ocurrido con Salman Rusbdie, que condena el uso de la violencia pero dice algo así como "Ob, yo no quiero que maten a nadie, pero no se puede ir por ahí provocando"...

Así es, lo que ocurrió con Salman que, a pesar del enorme apoyo que recibió de mucha gente distinta en Reino Unido, finalmente tuvo que irse del país por el acoso y hostilidad de distintos sectores de la izquierda, a mi entender profundamente racistas. Hubo gente que llegó a decir que Salman era un problema porque costaba dinero al Estado, su seguridad nos costaba dinero, dinero público. Y claro, cuando un inglés está hablando de dinero del Estado, dinero de los impuestos, está diciendo que no quiere que le toquen su bolsillo. Menos aún para proteger a este indio que se pasea por ahí con novias tan guapas. Salman tuvo que irse. Y lo mismo le aconsejó él a Ayaan Hirsi Ali, Salman

le dijo que debía irse de Holanda, que no podía condenarse a sí misma a vivir con escoltas el resto de su vida, y para ello, claro, debía irse de ese país.

Entrevisté a Salman Rushdie hace un par de años, a propósito de Shalimar, el payaso, y uno de los temas que más nos interesaba a ambos era el regreso de la novela política. ¿Se ha puesto a pensar por qué todo el mundo parece estar escribiendo novelas políticas nuevamente? Aparte de Rushdie, por citar ejemplos ingleses, tenemos a Hari Kunzru, a Peter Carey (aunque es australiano), usted mismo...

Tienes razón, no lo sé, no me he detenido a pensarlo lo suficiente. Por una parte creo que la novela ha sido siempre política, de alguna manera todas las novelas son políticas. Pero por otra parte, es cierto que las novelas actualmente tocan temas políticos, hablan de política de una manera que habían obviado en tiempos recientes. Supongo que lo ocurrido el 11-S tiene mucho que ver, desde entonces todo el mundo parece más interesado en política, en terrorismo, estos son los temas que la gente tiene presentes, y los novelistas, de alguna manera, debemos enfrentarnos a esa realidad. También es cierto, como a Salman siempre le gusta decir, que no hay forma de esconderse de la política, incluso en tiempos pacíficos, siempre está ahí. No siempre lo he visto de esta forma, yo era de los que decía que no le interesaba la política cuando era joven.

Tenía a su amigo Christopher Hitchens para ocuparse de esos temas...

Exacto. Yo le decía a Christopher: “Te equivocas de revolución, es la revolución sexual la que debería interesarte”. Pero a Christopher no le interesaba en absoluto, él siempre fue un animal político. Christopher estaba imbuido en la revolución socialista y yo le decía: “No es la revolución correcta, estás equivocado”. Para ser franco, muchos éramos así en ese entonces. Está escrito en *Koba, el temible*, en la redacción del *New Statement* muchos sólo podíamos pensar en el arte, en

nuestro arte, teníamos interminables y estériles discusiones estéticas.

¿Y ahora es Hitchens quién le restringe en la cara que usted estaba equivocado?

Bueno, yo lo pasé mejor en esos años, me divertí más. Pero sí, quizá tenía algo de razón. Conforme pasan los años, me he interesado y me intereso más en la política. Es inevitable.

— DIEGO SALAZAR

ELECCIONES 9-M

EL FRACASO DE LOS EXTREMOS

El triunfador de las elecciones en España, José Luis Rodríguez Zapatero, es un hombre cuyo lenguaje corporal está basado en el autocontrol y la deferencia hacia quien lo escucha. Siempre contesta en dos tiempos: a través de sus ojos claros es posible percibir el proceso de preparación de sus respuestas y, a través de su cuerpo, observar que está convencido de que la razón democrática lo asiste.

El mandatario español se sustenta en la fuerza de la razón para no acabar siendo antidemócrata en nombre de la democracia. Se ve y se gusta como demócrata, y permanentemente alude a la confianza. Esto sucede del mismo modo con Andrés Manuel López Obrador, quien también usa la “confianza” como factor supremo de su comunicación política.

La jornada del 9 de marzo de 2008 siguió la línea de hace cuatro años. Después de los atentados terroristas del 11-M, la política española entró en la era digital y los SMS se volvieron el medio más importante de comunicación política. El mensaje “¿Aznar de rosita?” evidenció que las flores ofrecidas a las víctimas del terrorismo no fueron suficientes para hacer perdonar su negativa a retirar tropas de Iraq. La movilización frente a las oficinas del Partido Popular la noche previa a las elecciones marcó el primer triunfo de Rodríguez Zapatero.

En apenas tres décadas España fue capaz de pasar de una dictadura a una democracia a través del consenso, revirtiendo la tendencia histórica de guerras fratricidas. Sin embargo, el enfrentamiento que marcó al reciente proceso electoral puso sobre la mesa el riesgo de volver a ese pasado.

Este 2008, en las horas previas a los sufragios, los SMS estuvieron nuevamente presentes con el mensaje “Zapatero sólo gana por los atentados”, tras el asesinato del ex concejal socialista Isaías Carrasco a manos de la ETA.

Tanto los principales partidos políticos —el PSOE y el PP— como los nacionalistas —Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), Partido Nacionalista Vasco (PNV) y algunos otros menos importantes— hicieron de esta elección la más enconada y virulenta de los tiempos democráticos; imperó una mecánica en la que privaron las diferencias por encima de las coincidencias que forjaron a la España libre y ejemplar de la última etapa del siglo XX.

Frente a la desquiciada campaña, el pueblo español pudo haber optado por premiar a cualquiera de los extremos, pero prefirió generar con sus votos un mapa político centrista en el que nadie tiene el control absoluto sobre nada: fueron votados 169 diputados del PSOE contra 154 del PP.

Las heridas producidas por una guerra civil no desaparecen: quedan latentes, y cualquier mal viento las puede reabrir; eso ha ocurrido: en la búsqueda del sufragio democrático los resentimientos han vuelto.

El Partido Popular y la Iglesia, por un lado, y el Partido Socialista, por el otro, han estado prontos a sacar los recuerdos del baúl y a cobrar las facturas de su contribución a la formación de España. Zapatero, a su vez, ha destinado buena parte de su capital político a impulsar la Ley de la Memoria Histórica y, pese a su afán de conciliación, acabó abriendo tumbas y destapando viejas rencillas.

Las recientes elecciones han marcado el fin de la transición democrática iniciada en 1977. España se parece cada día más a esa Italia de la que se decía



José Luis Rodríguez Zapatero (Valladolid, 1960).

que era “un país donde el gobierno no funciona, pero la sociedad sí”. Si algo sabe esta nación es que tiene los medios y la fortaleza necesarios para destruir el pasado, maltratar el presente e hipotecar el futuro.

El resultado de las elecciones es un claro mensaje tanto para los principales partidos como para los nacionalismos y otros extremos, representados por ERC e Izquierda Unida (IU), que en total obtuvieron sólo cinco escaños.

Estos comicios se caracterizaron, entre otras cosas, por la vuelta al ruedo político de la Iglesia católica. Desde que España existe, la curia romana ha sido parte indeleble de su ser: España no es concebible sin Isabel la Católica, como el poder del Vaticano habría sido imposible sin el imperio de Felipe II.

La relación entre la Iglesia y el Estado español se ha distinguido por un permanente enfrentamiento entre el excesivo poder eclesiástico y una sociedad que busca y encuentra en el laicismo su mayor modernidad.

Dentro del reciente clima de crispación política, la Iglesia fijó claramente su postura al elegir como presidente de la Conferencia Episcopal al más integrista de sus cardenales, Antonio María Rouco, y no al moderado, Ricardo Blázquez.

El gobierno de Rodríguez Zapatero

—que permitió el matrimonio entre personas del mismo género— sabe que la Iglesia más integrista, radical y conservadora lo acompañará en su gobierno durante los siguientes cuatro años. Frente a esto, el gobierno español ha planteado que podría revisar el concordato firmado en 1979, acuerdo entre el Vaticano y el Estado español que mantiene algunos de los privilegios reconocidos a la Iglesia católica durante el franquismo.

El previsible enfrentamiento entre el gobierno y la Iglesia es una señal inequívoca de que, suceda lo que suceda en el futuro inmediato, los tambores de guerra seguirán sonando, pese a la voluntad del pueblo español, que con su voto impuso —lo entiendan o no los gobernantes— la vuelta al consenso activo.

A fines de enero, Zapatero se reunió con un selecto auditorio en una cena realizada en Vigo, al norte de España. Al ser cuestionado sobre las circunstancias que orillarían a su gobierno a denunciar el concordato, el presidente respondió con templanza: “Como gobernante, una de las cosas que he aprendido es no reaccionar nunca a la provocación directa sino ir pensando y evaluando qué es lo mejor para el bien de España y los españoles.” Sin dudar

remató: “Ahora bien, la capacidad de intromisión del Vaticano y de la Iglesia católica en la política española ha terminado.”

La historia de España, en la que la derecha ha ocupado más tiempo el poder, se caracteriza por un constante amor a las guerras y por el sacrificio de los perdedores.

Una de las conquistas de la democracia española es que nunca se han cuestionado sus resultados electorales, por lo que es imposible pensar que los perdedores pudieran no acatarlos. A Mariano Rajoy le llegó la hora de abandonar su fantasía presidencial; de no hacerlo —como ha anunciado—, la derecha entenderá, a fuerza de votos, que un discurso de confrontación no gana elecciones.

Un factor que no se puede obviar al analizar la derrota de Rajoy es su fracasada propuesta de establecer un “contrato de integración con valor jurídico” —o código de conducta de lealtad y de cumplimento— con los migrantes, sector que se ha vuelto determinante en la última década para explicar la España moderna: casi diez por ciento de la población es extranjera. En el año 2012 el voto proveniente de los migrantes será tan importante como hoy lo es su participación en el crecimiento demográfico.

También es evidente que en las elecciones de 2012 habrá, en las listas de los partidos mayores, representantes con acento extranjero, quienes harán valer su voz mediante el voto, como ya lo hicieron los homosexuales.

Hay que prepararse para una España donde los inmigrantes tengan cada vez más peso en las políticas sociales impuestas por y para ellos, abriendo paso a una crisis que necesariamente conllevará menos gasto social, más desempleo y mayor frustración.

Cuando haya que empezar a compartir los restos del naufragio con los migrantes, se verá si el pueblo español no abandona su tendencia al centro y revitaliza a la facción más dura de la derecha. —

— ANTONIO NAVALÓN

PERFILES

LA FLOR DE LA INOCENCIA

La diplomacia francesa temblaba mientras esperaba el momento, nada lejano, en que Carla Bruni se estrenaría como primera dama en el exterior. El precedente penoso de una primera dama francesa es aquel sentido abrazo que la mujer de Mitterrand le dio al comandante Fidel Castro en una visita de Estado. Ahora aquel abrazo histórico, por otra parte inexplicable desde el punto de vista moral, sentimental o estético, parece poca cosa al contrastarlo con las potencialidades de la nueva primera dama. A la par de esas fotografías que se ha hecho sin más prendas que un anillo y unas botas; y del orgullo explícito que le produce ser italiana, y no francesa; circula en la televisión el famoso anuncio del coche Lancia, donde aparece incendiando una limusina, de aires presidenciales, con la lumbre que efectivamente debe tener su fabuloso dedo índice. Por si el mensaje de este anuncio hubiera sido poco, ya existe el siguiente capítulo de la saga donde Carla, hermosa y necrófila, entierra la carcasa carbonizada de la limusina. En su descargo puede argumentarse que estos anuncios fueron rodados antes de su compromiso con Sarkozy, pero esto es una minucia frente al poder de las imágenes por televisión, que nos presentan a la primera dama, en presente perpetuo, haciendo gala del dominio que tiene sobre el fuego. La primera dama francesa ha declarado que los franceses “están siempre de mal humor” y que son “siempre negativos”; y durante la ceremonia de apertura de los pasados juegos olímpicos de invierno, celebrados en Turín, ella fue la encargada de llevar la bandera italiana, otro episodio que puede paliarse con el dato de que entonces Carla no tenía planeado ser primera dama francesa, tan era así que en las pasadas elecciones votó por Segolene Royal. Buscando una línea para seguir a este inquietante personaje, encontré esta que dice Lady



Sarkozy y Bruni: cotilleo de altura.

Macbeth, concediendo que el personaje de Shakespeare tiene otra orientación, y que hurgar en las líneas de este escritor tiene poco mérito porque sus obras contienen a todos los personajes imaginables: “Para engañar al mundo, pareced como el mundo. Llevad la bienvenida en los ojos, en la lengua, en las manos, y presentaos como una flor de inocencia; pero sed la serpiente que se esconde bajo esa flor”. Basta ver el video que incluye su primer álbum (*Quelqu'un m'a dit*, 2003), donde aparece ella tocando el piano, un Stenway de ciento cincuenta años de antigüedad, en el salón del castillo que tiene su familia en las afueras de Turín, o correteando por sus jardines que tienen la extensión de, digamos, medio Toledo, para intuir que el presidente francés se ha metido en un lío que intenta disimular a fuerza de salir más alto en las fotos y de ponerse, para soportar el brillo de la estrella que lo acompaña, esas opinables gafas oscuras. Carla Bruni es rica, talentosa y bella, lo cual ya es veneno suficiente, y aprendió a conseguir lo que quiere con las artimañas de las *groupies*, las fans de las bandas de rock que, merced a sus talentos casi siempre físicos, se hacen parte del grupo por la vía de hacerse novias del cantante o del guitarrista; así

llegó a los quince años Carla Bruni con Louis Bertignac, entonces cantante del grupo Telephone y ahora su ex novio y productor, y se embarcó con su banda durante meses en una gira; lo mismo hizo después con Eric Clapton, con Mick Jagger y con otros personajes de distinto quehacer, en un espectro que va del filósofo al magnate, por poner dos ejemplos extremos. En el caso específico de los músicos es muy claro el beneficio que ha obtenido, de ellos aprendió el oficio que la empujó a dejar las pasarelas y su vida de modelo, para reinventarse como el relevo de la *chanson française*, en su vertiente lánguida, con mucho éxito en su primer álbum y no tanto en el segundo (*No promises*, 2006) donde intentó, con un descarado digno de aplauso, seducir al mundo inglés, con once poemas musicalizados, y cantados en esa lengua, entre los que comparecen los de tres mujeres, cuyas coordenadas biográficas no pasan inadvertidas: Dorothy Parker, que saltó a la fama artística desde las páginas de *Vogue* y *Vanity Fair*, es decir, desde el mundillo de la moda; Christina Georgina Rossetti, inglesa hija de refugiado italiano, que luego de varias historias de amor desgraciadas, se refugió en la vida ascética; y Emily Dickinson, cuyo reconocimiento

llegó de manera póstuma; al mirar en conjunto las tres biografías, se cae en la tentación de ver el trazo de un proyecto vital. En su álbum anterior, que no está mal, Carla dejó un mensaje para quien lo quiera descifrar, cosa que Sarkozy desde luego no ha hecho: *tu es la belle et moi la bête*. Imposible restarle méritos a Carla Bruni, a partir de su fortuna y su cuna, y de un talento musical que sin estos dos elementos valdría la mitad, ha llegado hasta la presidencia de Francia y ahí comenzará a escribirse un capítulo que no conviene perderse; es probable que desde ese pedestal consiga lo que no pudo con su último álbum: seducir al mundo inglés. Sus dos papeles, el de primera dama y el de diva del pop, ya hacen cortocircuito: Carla, que es compositora y cantante, compromete el proyecto para compensar a los músicos de las descargas por internet en que ahora trabaja el gobierno francés. *No promises* incluye un DVD con imágenes de ella, que se intuyen fastuosas, que pueden verse a condición de que se rellene un formulario, con datos personales que yo no me he atrevido a proporcionar, por miedo a quedar fichado por la inteligencia del Elíseo. Y al lado de esta diva fulgurante camina el pobre Sarkozy, con su popularidad en ruinas y esas gafas oscuras que campean entre el mal gusto y el mal presagio. Cuando se avecina el final de la tragedia, Macbeth le dice a su médico una línea que bien podría decirle Sarkozy al suyo: “Si pudierais, doctor, analizar la orina de mi reino”. —

— JORDI SOLER

LITERATURA

EL GRAN ARTE DE RUBEM FONSECA

 Que en sus cuentos se cometen asesinatos? Eso por sí solo no condena su literatura al género negro. ¿Que sus personajes favoritos son detectives? En realidad todo gran personaje de ficción lo es de un modo u otro, ¿no? Marcel es un detective

de apariencias, Hans Castorp es un detective de conciencias, el Gatopardo es un detective de conflictos sociales, Charles Kinbote un detective de textos e imposturas y Nathan Zuckerman un detective de identidades. Todos son detectives porque todos sirven a una búsqueda que llamamos *literatura*. Y que por sus páginas transiten policías no significa necesariamente que su ficción sea policíaca. También se pasean por ellas escritores neuróticos, prostitutas de cine negro, despampanantes rubias de labios carnosos y *rouge*, salidas de un cuadro *pop* de Tom Wesselman o de la letra encendida de una *bossa nova*, pedófilos, inadaptados y donjuanes, funcionarios corruptos, detectives erotómanos y eruditos como el cínico e impagable Mandrake, que es Bogart pero también Philip Marlowe y Russ Meyer, y más escritores, escritores vocacionales, varados en la página en blanco, diletantes incorregibles y sabiondos, fantasiosos urdidores de realidades alternativas, esquizofrénicos, pornógrafos y escatológicos, escritores compulsivos, libros-cos o repelentes *snoobs* y todos ellos, eso sí, detectives literarios de palabras y de ideas, investigadores *sui generis* del proceso de creación literaria de la vida. En aras de hacerle verdadera justicia al talento inabarcable de Rubem Fonseca (Brasil, 1925), bastaría con extirparle la palabra ‘policíaca’ a la desgana y rutinaria referencia que le hace Luisa Trias Folch en el único manual de literatura brasileña en castellano (“La literatura brasileña actual”, *Literatura brasileña*, Síntesis, Madrid, 2006): “La literatura policíaca está representada por Rubem Fonseca”. Habría que leer “La literatura está representada por Rubem Fonseca”. La literatura sin marbetes genéricos, la verdadera literatura, la literatura con mayúsculas está representada por Rubem Fonseca, uno de los más grandes narradores contemporáneos, que si bien finge ser un escritor de novela policíaca porque las convenciones del género sirven bien a sus propósitos de crítica social, inactivas contra el sistema postcapitalista y denuncia de la enajenación y el desquiciamiento

del individuo contemporáneo en las grandes núcleos urbanos, representa por encima de todo los valores de la verdadera literatura: sentido crítico, método de conocimiento y reflexión, en última instancia, acerca de la propia literatura.

Reiterado y sólido candidato al Premio Nobel, traducido a las principales lenguas, lector de Joyce, de Steinbeck, de Genet, de Kafka y de lo que no está escrito, adorado en Alemania y autor estrella del prestigioso catálogo de Piper Verlag, empecinado en una enfermiza actitud asocial, como su amigo Thomas Pynchon, Rubem Fonseca dirige, junto a Machado de Assis, Guimarães Rosa, Jorge Amado y Clarice Lispector, el cuartel general de la ficción brasileña contemporánea, desde el que su literatura ácida, autobiográfica, crítica, obscena, solipsista y metaficcional viene felizmente invadiendo mercados internacionales. Como Dalton Trevisan, el autor de *Cemitério de elefantes* (1964) y *O Vampiro de Curitiba* (1965), con cuyos relatos grotescos, expresionistas y sádicos, reflejo de obsesiones y miserias morales, su obra guarda una estrecha relación, Fonseca forja su estilo en el terreno del cuento, publicando *Los prisioneros* (1963), *Lúcia McCartney* (1967), el polémico *Feliz año nuevo* (1975) y *El cobrador* (1979), entre otros volúmenes de menor repercusión, libros que construyen un poderoso y originalísimo universo literario asentado en la marginalidad urbana, el sexo, la violencia lúdica y un discurso crítico que condena la crispación de nuestras sociedades despersonalizadoras, masificadas y perturbadoras, que generan placebos como la televisión o los McDonalds cuando en realidad atrofian y pervierten al individuo, perdido en una frustrante vida cotidiana, abocado a la violencia del crimen, a toda suerte de psicopatías metafísicas y convertido en efecto en un psicópata, abandonado a la misantropía. Sus lecturas de la novela negra de Raymond Chandler y Dashiell Hammett, el modelo de *narrador no fiable* escritor, paranoico y detective que le cede Nabokov con *Pálido fuego* (cuya ambigüedad y ardidés autobiográficos y metaficc-



Rubem Fonseca (Juiz de Fora, 1925).

cionales están muy presentes en *El caso Morel*, de 1973), y algunas influencias de la ficción norteamericana contemporánea —de las fábulas paranoicas de Pynchon a los discursos metanarrativos de Barth, Barthelme y otros posmodernos *made in U.S.A.* o a los personajes grotescos, ególatras y trastornados de Saul Bellow y a Harry ‘Conejo’, el excéntrico héroe de John Updike— le ceden a su universo un molde narrativo, unas convenciones que le sirven de marco cómplice con el lector y que el propio Fonseca y sus instancias narrativas manipulan a su antojo, jugando con ellas como les viene en gana y como han hecho, de otro modo pero compartiendo la parodia de género y el humor, Boris Vian en *Que se mueran los feos* (1964), la novela que escribió con el pseudónimo de Vernon Sullivan figurando él como traductor, y Fred Vargas en *El hombre de los círculos azules* (1996), *série noire* con humor, teorías paranoicas y detectives que dejan huella, como el comisario Adamsberg reflejado en Mandrake. Su virtuosismo técnico le debe mucho, en cambio, a los monólogos interiores y la prosa intimista de Autran Dourado, el autor de *Ópera dos mortos* (1967) y *O Risco do Bordado* (1970), y al experimentalismo narrativo de Guimarães Rosa y de la Clarice Lispector de *A Paixão Segundo G. H.* (1964) y *Uma Aprendizagem ou O Livro dos*

Prazeres (1969), que le enseña la complejidad psicológica del discurso y de la identidad, de la que nace el empleo obsesivo e intenso de la primera persona.

Su primera novela, *El caso Morel*, marcó la pauta de sus futuras novelas con un tratamiento muy seductor de la crueldad a través de la parodia del género negro, un protagonista que es escritor y que escribe una novela-dentro-de-la-novela a la vez que reflexiona de la mano de la metaficción sobre la condición redentora del proceso de creación literaria, y una investigación en toda regla sobre el oficio de escribir, *El gran arte* (1983), una de sus obras maestras, vuelve sobre la violencia nacida de los enajenados urbanitas contemporáneos y desarrolla una suerte de hermenéutica de la vida entendida como texto (en metáfora del detective escritor), *Bufo & Spallanzani* (1986), novela excepcional, insiste en pergeñar un protagonista que sea a la vez escritor y que juegue con las convenciones del género policial conforme desfilan por sus páginas mil y una referencias literarias, *Vastas emociones y pensamientos imperfectos* (1988), cuyo protagonista anónimo confiesa ser un lector obsesivo de cuentos irónicos y concisos como los de Rubem Fonseca, y *Agosto* (1990), acerca de las circunstancias que precedieron el suicidio de Getúlio Vargas. La ficción de Fonseca se muestra doblemente ficcional, pues se mueve siempre entre referentes literarios y se confiesa ficcional: “¿la única realidad no es la de la imaginación?”, se pregunta el narrador de *El caso Morel*. Así, el lector puede leer el capítulo v de *Bufo & Spallanzani* como un tratado de narratología en forma de reflexiones del novelista de éxito Gustavo Flavio, protagonista de la novela —cuyo agente en la ficción es, por cierto, Carmen Balcells, el agente de Fonseca en la realidad, enésimo guiño literario del autor— sobre el arte de la ficción (con referencias a Thomas Mann, Svevo o los *Aspectos de la novela* de E. M. Forster); en *El caso Morel*, los escritores Morel y Vilela se intercambian el siguiente diálogo, “—¿Sirve escribir, si no te va a leer nadie? —Escribir sirve siempre. Paso las noches soñando

con mi carrera literaria”; en varios de sus cuentos más inspirados, reunidos en la antología imprescindible *Los mejores relatos* (Alfaguara, México, 1998), las alusiones literarias y metaficcionales son constantes, al bloqueo del escritor ante la máquina de escribir, a la extraña condición de las musas o a la gloria literaria (en “Amarguras de un joven escritor”), al libro genial pero maldito que el mercado no consagra o a la escritura compulsiva (en “Llamadas en la oscuridad”), a los aperos del novelista, el papel artesanal de lino, la pluma, el silencio, la soledad (en “Mirada”), al escritor anónimo, al ‘Ghostwriter’, como él lo llama, que se alquila para escribirle una obra inmortal al escritor que no quiere escribir sino simplemente ser escrito (en “Artes y oficios”), al asesino que se redime a través del arte de la poesía (en “El cobrador”), al escritor Augusto en “El arte de caminar por las calles de Río”, que pasea barrantando escribir una novela titulada “El arte de caminar por las calles de Río” (y que no acabará jamás, como tantos escritores frustrados que temen a Virginia Woolf, como confiesa el protagonista de *Bufo & Spallanzani*), al imaginario del escritor y los estatutos del arte y la creación literaria (en esa parodia de entrevista a un autor célebre que es el relato “Intestino grueso”), o sobre la presunta necesidad de ‘cultivar el estilo’ o simplemente de saber qué desea uno contar en la novela, y la influencia de la crítica (en ese cuento prodigioso que es “Pierrot de la caverna”). Mientras lee sus frases eléctricas, sus diálogos rítmicos y sus párrafos soltados a bocajarro, como en el globo de un cómic, mientras reconoce en sus textos fuentes, fórmulas y códigos de la masificada literatura de consumo del *mass market* (culebrones y folletines, relatos *gore*, *pulp fiction*), mientras cavila las exhortaciones existenciales y morales de sus estrafalarios protagonistas, el lector cree escuchar la risa irónica del propio Fonseca desde la trastienda, dispuesto siempre a la parodia porque lo que pretende en realidad es invitarnos a todos a cuestionar el sistema, a declarar en rebeldía contra la sociedad de consumo que nos acalla y

nos somete, contra la gran maquinaria social que nos despersonaliza con su moral sexófoba y su discurso unívoco y nos empuja a ser violentos y a ser promiscuos: “El escritor debe ser esencialmente un subversivo. El escritor tiene que ser escéptico. Tiene que estar contra la moral y las buenas costumbres”, dice el escritor Gustavo Flavio, su *alter ego* en *Bufo & Spallanzani*, y es que su Santa Trinidad no es otra que ambigüedad, parodia y subversión, dignas consignas del gran arte del maestro Zé Rubem, del indiscutible maestro Fonseca, Premio Camoens 2003, el único que hasta la fecha ha sido capaz de salir ileso de las tentaciones de la literatura a un tiempo endogámica y desbocada, de las entrañas del poder y de las perversas leyes del deseo. —

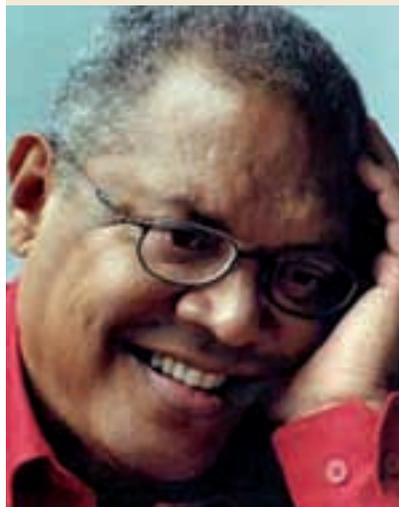
— JAVIER APARICIO MAYDEU

TROVA PABLITO, EL SAMARITANO

La Nueva Trova ha cambiado y vuelto a cambiar con el paso de los años, y estoy seguro de que algún día se escribirá la historia de esas mutaciones, de esas traiciones. Por lo pronto, quisiera aportar una anécdota a propósito de la salida de *Regalo* y una reflexión sobre este nuevo álbum de Pablo Milanés.

La primera vez que vi a Pablito yo era un muchacho de quince años. Era la época de las fiestas con los *Almas Vertiginosas* y *Los Kent*, pero yo me encontraba frente al Teatro Martí, esperando a que comenzara un concierto de la Nueva Trova. Calculo que sería el año 70 o el 71 y que Pablito y los demás trovadores reunidos allí estarían ya de vuelta de “recogidas” y de granjas de castigo, mientras que nosotros, los jóvenes que nos apiñábamos a las puertas del teatro, apenas sospechábamos lo que se nos venía encima.

Recuerdo las butacas cubiertas con forros de tela blanca, y recuerdo la graciosa advertencia de un acomodador



Pablo Milanés (Bamayo, 1943).

negro: “¡Con cariño, que el Martí es de palo!”, y recuerdo la entrada discretamente triunfal de Pablito Milanés, y hasta la tela raída de los bolsillos de su *blue jean*, y aún lo veo metiéndose, guitarra en mano, por entre nosotros: un mulato gordito, de afro batido y gafas redondas.

Creo que fue el poeta Pedro Campos, que moriría en el exilio, quien me llevó al concierto y quien me hizo prestar atención a las letras de aquel cantante chambón de voz afinada, y que con Pedro también fui al cine Payret, unos meses más tarde, a ver la película donde Pablo Milanés entonó una oda a los Comités de Defensa de la Revolución: “Cuadra por barrio, barrio por pueblo/ a la vanguardia va el comité...” ¡Qué decepción! Sin embargo, desde entonces, como tantos otros cubanos dispersos por el mundo, no he dejado de escucharlo.

¿Por qué insistimos en los pasajes que conmueven, en las rimas que nos pegan, en las medias verdades que nos confunden, o en los trabalenguas que siguen diciéndolo todo y nada? La trova es la trova, y la experiencia de esa música sacra será siempre, para nosotros, altamente problemática: descreemos de ella porque se vendió al mejor postor, pero no podemos dejar de tocarla y de admirarla, como si de una reliquia se tratara. En efecto, la Nueva Trova es uno de los momentos

más sublimes, y también de los más abyectos, que alcanzó el espíritu de nuestra música.

Abyecta y sublime, la trova es otra meretriz de traganíquel que llora la traición de su hombre; y los trovadores tienen en común con las boleras de cabaret ese abandono a la mala vida que parece ser su tacha y su sino. Una especie de fatalidad los empuja al abismo: a ella, porque no consigue resistirse a la voluntad del chulo (“no me importa entregarme a ti sin condición”, canta La Lupe en “*Qué te pedí*”), y a él, porque no puede sustraerse a la tentación del héroe (“y por eso, para mí/ la vida no vale nada”).

Pablito Milanés encarnó como nadie esa doble moral, y desde su primer éxito —la más extraña e inconcebible de las canciones de amor— nos regaló el primer malentendido (“muchas veces te dije/ que antes de hacerlo había que pensarlo muy bien”) de un género hecho casi exclusivamente de equívocos. Ahora el famoso verso de “Para vivir” podría servirle de epitafio al castro y a su revolución.

Regalo vendría a ser, entonces, lo que se conoce en el medio como un “álbum de contrición”, homólogo de *La samaritana*, el disco con que La Lupe se despidió del mundo y se arrojó a los brazos del Cristo redentor: tras largos años de fidelidad a una causa perdida, el trovador y la bolera se arrepienten, rasgan sus vestiduras y claman al cielo: “Mi hermano Jacinto/ que vive en La Habana/ no sabe si su hija/ que tuvo una nieta/ que aún no ha conocido/ sabrá que su madre/ murió de repente./ Las autoridades no lo dejan salir...”

Pablito Milanés, el mismo que alzó una Casa de la Trova sobre las ruinas del club La Red, se digna ahora, al pasar de los años, a echar una mirada compasiva sobre aquellos que nos apiñábamos a las puertas del Martí. La crítica lo ha dejado claro: “Demasiado poco y demasiado tarde”, y el público —el gran público que tan bien lo conoce— sospecha que La Lupe será siempre más sincera en su arrepentimiento. —

— NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS